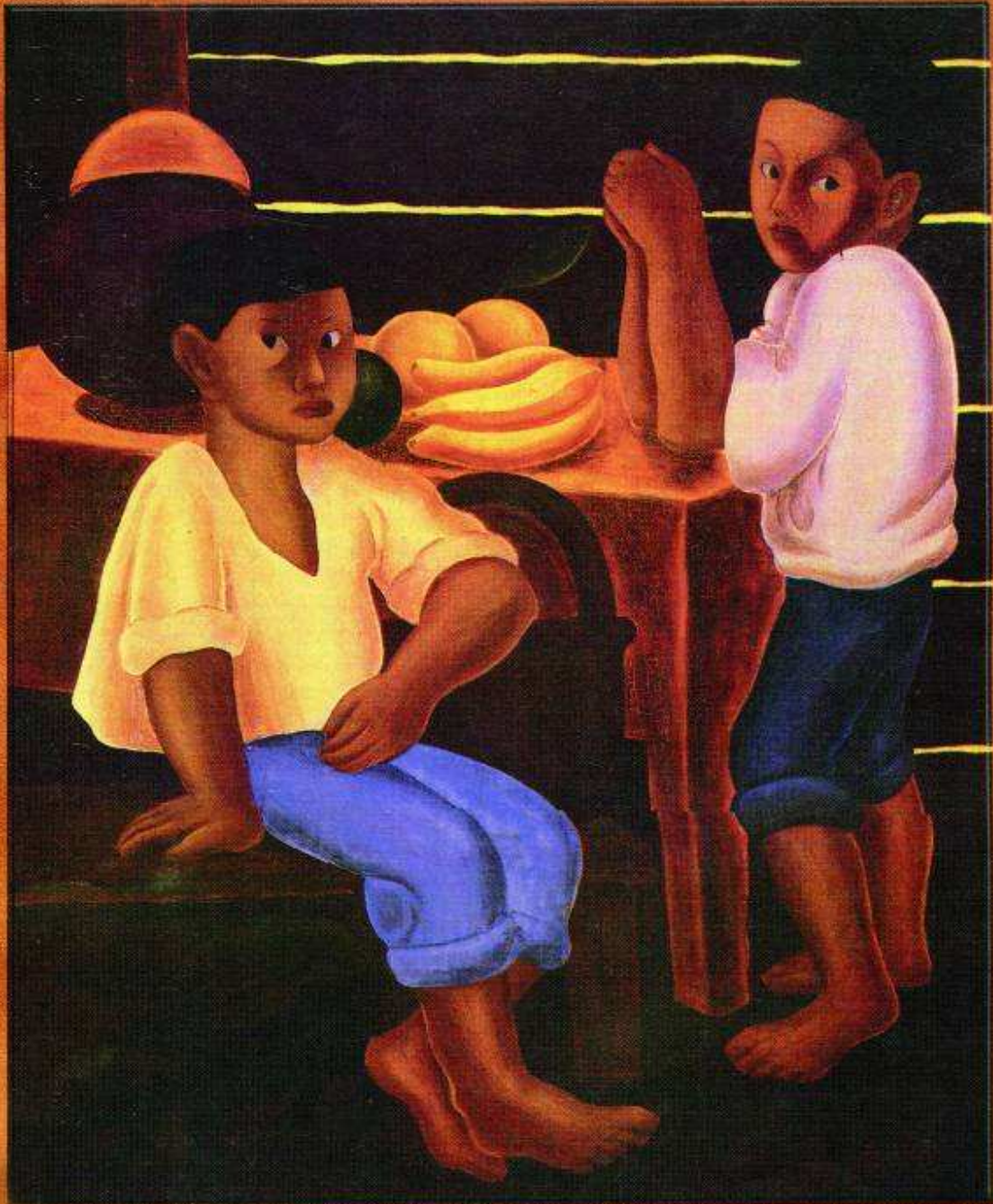


ISSN 1409-1534

REVISTA

# UMBRAL

OCTUBRE 97 SAN JOSE, COSTA RICA



COLEGIO DE LICENCIADOS Y PROFESORES  
EN LETRAS, FILOSOFIA, CIENCIAS Y ARTES



## UMBRAL

Revista del Colegio de Licenciados  
y Profesores en Letras, Filosofía,  
Ciencias y Artes

ISSN 1409-1534

Calle 29, Avenidas 8 y 10  
Apartado 8-4880-1000, San José, Costa Rica  
Telefax: 224-1439, 225-2018, 234-6803

Vol. 2 Octubre 1997 No. 7

### JUNTA DIRECTIVA (1997-1998)

Lic. Próspero Vargas Palacios  
Lic. José Edgardo Espinoza Obando  
Lic. Claudio Segura Sánchez  
Lic. Carlos Luis Arce Esquivel  
Br. Rose Mary Araya Sancho  
Lic. Marco A. Rodríguez Zárate  
Lic. Ramón Lleras Coto  
Lic. Rodrigo Morales Matamoros  
Lic. Víctor Murillo Chacón  
Lic. Eduardo Vargas Irola  
Lic. Joaquín B. Camacho Ramírez  
Dr. Didier Ramírez

Presidente  
Vicepresidente  
Secretario  
Prosecretario  
Tesorera  
Vocal I  
Vocal II  
Vocal III  
Fiscal  
Asesor Legal  
Director Ejecutivo  
Director Académico

### COMISION EDITORIAL

Jézer González  
Jorge Rodríguez  
Eduardo Chacón  
Olmedo España

Presidente  
Vicepresidente  
Vocal I  
Secretario

Revista semestral de carácter humanista y enciclopédica, de interés para el educador costarricense, de apoyo para la labor educativa.

Los textos firmados son responsabilidad de sus autores y no representan necesariamente el pensamiento del Colegio.

Ilustración de portada: Pintura de *Francisco Amighetti*

Ilustraciones interiores de *Francisco Zúñiga* y *Fernando Castro*

Reservados todos los derechos  
Hecho el depósito de Ley

Impreso por:  
Litografía e Imprenta LIL, S.A.  
Apartado 75-1100 Tibás  
San José, Costa Rica



## El Siglo de las Ideologías

Carlos Molina Jiménez

Con un poco de temeridad, podríamos considerarnos sobrevivientes del siglo de las ideologías, y alegrarnos —o entristecernos— porque otros muchos (suman decenas de millones) no están aquí para contar el cuento. Sus restos mortales quedaron en Abisinia, Guernica, las calles de Madrid, el Ghetto de Varsovia, Dachau, las prisiones chilenas o argentinas, las selvas de Vietnam o Nicaragua. El siglo XX fue pródigo en guerras ideológicas: guerras, guerritas, guerrillas y cataclismos militares. Algo así como una versión ampliada y excesiva (con formidables efectos especiales) de los conflictos religiosos de principios de la Modernidad: incluidos los tribunales de la fe y la caza de brujas.

La diferencia estriba en que ya el fondo de la cuestión no es quién ama mejor a Dios, sino... ¿quién sabe hacer más feliz al ser humano! Es posible que los estudiosos futuros de la historia, cuando examinen semejante afán y los perversos resultados obtenidos, experimenten el mismo pismo horrorizado que genera en nosotros las quemaduras de herejes, la Noche de san Bartolomé o la guerra de los Treinta Años.

Pero, ¿no podría decirse que ya lo peor ha pasado? Ciertamente la



lucha de las ideologías ha perdido virulencia. Unas fueron derrotadas y públicamente expuestas en toda su brutalidad; otras fracasaron de la manera más estrepitosa: otras, en fin, celebran su aparente triunfo y pecan de soberbia, creyendo que llevaron la historia a su culminación. Sin embargo, en todos los casos, el cielo prometido parece haberse trocado en el infierno tan temido. Por tal razón, las ideologías ya no suscitan adhesiones y entusiasmos masivos; antes bien, provocan, en muchos, suspicacia y reticencia. En sus formas más obvias, se han convertido en coto exclusivo de sectarios y fanáticos.

Estos colocan una bomba por acá, hacen un secuestro por allá, forzan una privatización aquí, incendian una residencia de extranjeros acullá. Produciendo muertos y calamidades, nos recuerdan que las ideologías todavía existen.

Por malo que sea el comportamiento de los susodichos, es muy bueno que no nos dejen olvidar tal cosa: ¿por qué? Porque hoy nos amenaza un peligro de signo distinto. Frente a la ausencia de lucha ideológica, frente al descrédito apabullante de unas ideologías y la faz victoriosa de otras (que adquieren así un cierto aire de verdad), podríamos caer en la desgracia opuesta. Es decir, el primate desmemoriado que somos podría no sacar aprendizaje alguno de sus desaciertos, en cuyo caso transitaría de una simpleza a otra: del reinado de las ideologías, emigraría al otro extremo, para proclamar a los cuatro vientos el fin de las ideologías. Si así fuera, ¿qué habríamos adelantado?

Nada, absolutamente nada. Seguiríamos siendo víctimas y siervos del pensamiento ideológico, portadores de una programación mental que nos controla y no controlamos. Estaríamos, además, preparando las condiciones para futuras



guerras dóxicas, como las del (¿recién finalizado?) siglo XX. Esto ocurriría en cuanto la forzada unanimidad actual se desvanezca.

Pero, ¿habría alguna manera de escapar a este sombrío destino?, ¿existe para la ideología la posibilidad de un estatus decoroso? Creo que cabe ser optimistas. Todo depende de que sepamos asimilar la historia reciente, extrayendo de sus lecciones una mejor comprensión de la índole de las ideologías.

En tal sentido, avanzo algunas observaciones. En primer lugar las ideologías no son sistemas de verdades (ni de falsedades, como se creía de las que no eran la propia). En tales términos se las llegó a ver, por ejemplo, en los años 70. Aún subsisten ideólogos a la hechura de entonces, por infortunio: unos transmigrados y transfigurados, otros totalmente "jurásicos"; y se han añadido a sus huestes engendros de nueva hornada, que repiten sus mismas jactancias, ahora con base, precisamente, en las tesis opuestas. Semejantes especímenes se caracterizan por la presunción de poseer la verdad —como si la verdad se poseyera!— Además, tienen la tendencia a reducir todo tipo de problemas (económicos, tecnológicos, científicos, urbanísticos, agrícolas, policiales...) a una cuestión de discrepancia ideológica. No reconocen, así, ninguna consistencia propia a la realidad, no conciben que ésta pueda resistirse a sus esquemas. Viven en un mundo donde todo sería posible si no fuese por la oposición y las conspiraciones de sus adversarios. Se comportan,

pues, como un demiurgo paranoico el día antes de construir el mundo. Llevan los planos de la obra en el portafolios y el revólver en el bolsillo trasero, por si acaso.

Mas las ideologías no nos dicen (ni pueden decirnos) cómo son las cosas, ni mucho menos cómo llegarán a ser. Si queremos enterarnos de ello (en la medida en que eso sea posible), debemos recurrir a otras instancias. Por ejemplo, las ciencias fácticas, las técnicas, la prospectiva, el pronóstico meteorológico, el horóscopo o la bola de cristal. Exigir a la ideología verdad es equivocarnos de instrumento. Algo así como acarrear agua con canasto o mirar el partido de fútbol en el horno de microondas.

Las ideologías no tienen una función cognoscitiva. Son formaciones discursivas que apuntan en otro sentido. Sirven para justificar o explicitar una opción social; esto es, para decir o decirnos por qué motivos, dentro de una colectividad dada, optamos por tales intereses (por el grupo o sector a que éstos corresponden) en vez —o en contra— de aquellos otros. Se encuentran, por ende, asociadas a la toma de posición al interior del conflicto social. Aportan ángulos de visión, claves interpretativas, formas de argumentación, imágenes paradigmáticas, selecciones de datos que permiten expresar, comunicar, representarse la postura adoptada en relación con los diferentes sujetos sociales.

En la sociedad existen ricos y pobres, trabajadores y capitalistas,



asalariados y patronos, ciudadanos y población rural, productores y consumidores, burocracia y empresa privada, educados y no escolarizados, etc. Sin las ideologías no podríamos identificarnos, afectiva e intelectualmente, con alguno (s) de estos sectores, para integrarnos a sus filas y participar en la dinámica social. Ellas son indispensables para que los distintos intereses se reconozcan y movilicen; para que los problemas y pretensiones de cada uno de esos grupos, salgan a la luz. Sin su concurso la sociedad resultaría inescrutable, opaca, inerte, amorfa.

Ahora bien, en cada uno de nosotros su ideología colorea el conjunto de la percepción de la



realidad. Ella define qué tipo de problemas más nos atrae, cuáles intereses estimamos prioritarios, qué preferimos, cuáles aversiones y aspiraciones tenemos más arraigadas. Recubre, pues, nuestra visión de las cosas, estructurando el espacio dentro del cual consideramos las cuestiones sociales. Pero, si bien la ideología ejerce un influjo totalizador sobre el sujeto que la sustenta, ella misma constituye siempre una visión parcial.

¿Es esto importante? En mi criterio aquí reside el aspecto crucial que hemos de comprender. Si las ideologías hacen posible afirmar, en la contienda social, la particularidad de los múltiples sujetos colectivos, también traducen en significaciones sus finitudes específicas. Por tanto, son, invariablemente discursos parcializados, con abundantes sesgos y puntos ciegos, que reflejan una experiencia limitada, "especializada", fragmentaria de la realidad. Sin embargo, no son vividas así por sus portadores. Las ideologías cuentan con un gran poder de autocorroboración. Producen, en la mente de sus adherentes, certezas, evidencia, fuerzas de convicción y de rechazo que actúan como una coraza protectora, como un sistema de filtros que sólo deja pasar lo mismo confirmatorio y aparta lo distinto perturbador. ¿Qué resulta de todo esto?

Una paradoja: las ideologías, manifestaciones por excelencia de la particularidad, desarrollan pretensiones de dominio único, aspiran a convertirse en ley exclusiva, en forma universal. Aquí reside, sin duda, el germen

de las guerras ideológicas que ensangrentaron el siglo XX.

¿Cómo hacer entonces? Ante todo, ha de insistirse en la necesidad de las ideologías. Para los efectos que cumplen, ellas son insustituibles. Caben, por supuesto, discursos menos comprometidos con los particularismos sociales (tales discursos resultan, por cierto, esenciales en otras dimensiones de la socialidad); pero éstos jamás despertarían el mismo cúmulo de energías, ni harían destacarse el perfil de los intereses con tanta nitidez. Lo que importa a todos, con demasiada frecuencia no importa a nadie en primer lugar. Por ello, si la vida social ha de estar abierta a la plenitud y la autenticidad, las ideologías tienen que mantenerse activas.

Pero si la conflictividad que esto promueve, ¿deviene conflagración incontrolable, destructividad desenfrenada? Al respecto, parece existir un sólo antídoto: cobrar conciencia, en concreto, de la índole parcial de toda ideología y actuar en consecuencia. Lo cual implica que aprendamos a tener en cuenta la incompletitud de nuestra perspectiva, para admitir que existen asuntos, problemas, soluciones, de suyo totalmente válidos, que escapan a nuestros criterios de relevancia, pautas valorativas y esquemas de comprensión. El otro que los asume no es por eso un mal nacido, sino un ser diferente, con el cual tenemos que negociar reglas, formatos de convivencia y cohabitación. Para que tal arreglo sea posible, todos los participantes habremos de

ejercitar nuestras opciones ideológicas en forma concurrencial, abandonando las ambiciones de afirmación excluyente.

Esta es la enseñanza que podemos concluir de las masacres del siglo XX. Si no lo hacemos el costo sería volver a plantear exigencias imposibles a las ideologías, con resultados mucho más funestos que los conocidos. No existe ideología que encierre la totalidad de las cuestiones significativas y de las respuestas aceptables. Cada una de ellas solo ilumina o da relieve, en el debate social, a un espacio temático que también merece atención. Eso es todo. Por ello, ninguna ideología, precisamente por serlo, tiene derecho a reinar, aunque todas tienen derecho a existir.

## BIBLIOGRAFÍA

Donolo, Carlo, *El sueño del buen gobierno*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1994.

Fetscher, Iring, *La tolerancia*, Gedisa, Barcelona, 1994.

Lefort, Claude, "Génesis de la ideología en las sociedades modernas". En *La invención democrática*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1990.

Molina Jiménez, Carlos, *Crítica del pensamiento crítico*, Depto. de Filosofía, UNA, Heredia, 1989.

Molina Jiménez, Carlos, *La filosofía como apropiación discursiva de las sabidurías* (Inédito).